

ARTÍCULOS RESEÑA

LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA DESDE LA PASIÓN CRÍTICA¹

ENRIQUE MIRALLES
Universidad de Barcelona

Con esta «Parte Tercera. De siglo a siglo», del tomo V de la conocida *Historia de la Literatura Española* de Juan Luis Alborg, completa este autor la serie de novelistas pertenecientes al «Realismo y Naturalismo», atendiendo a los dos últimos escritores de su catálogo: Armando Palacio Valdés y Vicente Blasco Ibáñez. La publicación se adelanta a la «Parte Segunda», aún inédita (dedicada a Valera, Galdós, Pardo Bazán y Clarín), debido, según declara, al «displicente olvido o la cerril hostilidad que se ha venido vertiendo sobre los dos autores (...) y la urgencia de contribuir a su reivindicación» (p. 10). Alguna razón había que alegar para justificar el desplazamiento, aunque ésta no parece muy convincente, si tenemos en cuenta que los dos novelistas escogidos ocupan dentro del proyecto historiográfico un espacio similar al que imaginamos se reservará para los cuatro grandes que quedan a la espera: el de un millar de páginas, cuando menos, a la vista del presente volumen.

Cada crítico/historiador de nuestras letras es muy libre de hacer lo que se le antoje a la hora de marcar sus preferencias en cuanto al tema de su estudio, pero una vez establecidas, se compromete con los objetivos fijados, bien distintos si se trata de una monografía a si se trata de toda una historia de la literatura. En

¹ Juan Luis Alborg, *Historia de la Literatura Española. V. Realismo y naturalismo. La Novela. Parte Tercera. De Siglo a Siglo. A. Palacio Valdés - V. Blasco Ibáñez*. Madrid, Gredos, 1999, 1078 pp.

este último caso han de presidir, así nos lo parece, criterios de síntesis, jerarquización de valores y aprovechamiento bibliográfico, con un discurso pedagógico dirigido a un público que reclama preferentemente una iniciación en la materia, por encima de análisis exhaustivos y de la evidencia de pormenores. Para eso están las monografías, que se distinguen por la profundización y las propuestas personales. Dedicar, en consecuencia, 432 páginas a Palacio Valdés y 610 páginas a Blasco Ibáñez tiene de entrada un alcance monográfico más que de manual, a no ser que una buena cantidad del texto sea material de acarreo y, en consecuencia, sobre, como aquí sucede. Primera observación de bulto que nos lleva a otras de orden cualitativo y de mayor interés.

Manifiesta el autor en su «Aclaración preliminar» que procederá de forma analítica, es decir, sometiendo a una revisión la obra total de los dos escritores seleccionados. Con este fin, prosigue en su comentario, se sirve de las aportaciones de un «reducido número de autores, más que como auxiliares, como pretexto u ocasión para mis propios comentarios, diciéndolo deportivamente, como *frontón tan sólo para hacer rebotar mis tiros*» (p. 11, subrayado nuestro). Asombra esta confesión por su desfachatez, al imponer tamaña servidumbre a los investigadores o críticos que le prestan generosamente sus conocimientos, sólo para lucirse con sus *propios comentarios*. En efecto, desde la primera obra de Palacio Valdés que J. L. Alborg analiza, *El señorito Octavio*, hasta la última de Blasco Ibáñez, con que cierra el tomo, *Los fanáticos*, el historiador fagocita sin contención la bibliografía a la que progresivamente acude, vaciándola en sus ideas y hasta en su tejido textual, con cuantiosas citas *in extenso*, al igual que un estudiante primerizo de carrera. Hay que reconocer, con todo, su honestidad al indicar en notas llenas de *ibid.* la procedencia: «me tomo la libertad de multiplicar las citas y darlas íntegras, sin más comentarios que los precisos para introducirlas» (p. 325), anuncia, por ejemplo, cuando acude a la autoridad de Ciríaco Morón Arroyo, al comentar *La aldea perdida* de PV. De ahí que en su trabajo, el de Alborg, menudeen sin descanso los principales valedores del autor asturiano (G. Gómez Ferrer, Roca Franquesa y Brian J. Dendle) y del valenciano (León Roca, Christopher L. Anderson, Day-Knowlton, Jeremy T. Medina, P. Bly), además de los editores de cada obra suelta. Labor de equipo, bien es verdad, pero aquí presentada bajo la única autoría de quien entra a saco en el campo ajeno. Parale-

lamente, el historiador incorpora a otros estudiosos de peor fortuna contra los que arremete implacablemente a la manera de *enfant terrible* que luce su superioridad. Sirvan de ejemplo, entre los varios, las páginas dedicadas a *La hermana San Sulpicio* de PV (pp. 165-213), donde después de caracterizar a los personajes, acude a la crítica con la siguiente frase introductoria: «Tras este recorrido personal, hagamos ahora una visita de cumplido a dos comentaristas», a saber, D. H. Pageaux, quien le «hace sufrir», y Stephen M. Hart, quien le «hace reír», emociones contradictorias que no obstan para que a cada uno de ellos le dedique varias páginas, acarreando sucesivas citas antes de desautorizarlas con apostillas así: «Llegado a este punto me pregunto si merece la pena ocuparse de un escrito como éste, teniendo que desmontar en detalle cada despropósito y haciéndole perder el tiempo al lector» (p. 189). Sátira mordaz y rancia, pues, de un historiador que disfruta con pisotear algunas de sus fuentes de información, en lugar de ignorarlas, si le parecen endeble. Sólo él posee una facultad interpretativa sagaz («ese es el espejismo [cuando terció sobre el problema del 'andalucismo' en esa misma obra de PV] que no sólo ha cegado a la mayoría de los lectores, sino también a la casi totalidad de los críticos», p. 167); los demás, por muy admirados que sean, incurren en frecuentes contradicciones, cuando no en «palabras chabacanas» (las de González Blanco, por ej., p. 588), en «ignominia» (como la de Pardo Bazán, que «refiere la trama de la novela como podría contarle una película a su vecina», pp. 248-9), y en un sinfín de vulgaridades.

Podría Alborg presumir en justicia si su estudio aportara una información inédita y bien documentada, pero nada de esto encontramos en las páginas de su libro: todo el recorrido por la lista de títulos se reduce a una recreación pormenorizada del argumento y a una caracterización de los personajes, los valores vistos desde *dentro*, método que preconiza, frente al que practican los que juzgan desde *fuera*. El tono subjetivo y personal de su lectura tiende entonces a contraerse en la demostración de una tesis sobre la que enarbola toda una dialéctica: el alcance del misticismo de María, en *Marta y María* (PV); la contraposición entre lo público y lo privado en *El cuarto poder* (PV); si son o no «españoladas», *La Hermana San Sulpicio* (PV) y *Sangre y arena* (BI); la importancia de la lucha de clases en *La espuma* (PV), etc., etc. O bien ocupa su principal atención un personaje secundario, en de-

trimento del resto, como Martí en *La alegría del capitán Ribot* (BI), o 'Sangonereta' en *Cañas y barro* (BI); o los prólogos, como el de *Los majos de Cádiz* (PV), que se nos ofrece como si fuera lo único merecedor de interés en esta novela. Cuando no, cifrar una clave más que discutible y que se presume de original en el entendimiento de otras obras, como *La fe* (PV), inscrita en una problemática epistemológica más que religiosa (p. 267), o *La voluntad de vivir* (BI), centrada en una condición autobiográfica.

Mejor así, porque cuando la glosa se sale de sus límites estrictos, más de un comentario se precipita al vacío. Por ejemplo, cuando el autor discurre por los terrenos del naturalismo, ignorando una nutrida bibliografía sobre esta tendencia narrativa, con ocasión de *La espuma* (PV) y de la serie de novelas valencianas de la primera época de BI, en especial *Entre naranjos*, hasta arribar a unas conclusiones banales («Blasco ha rajado ese pétreo monolito del naturalismo para albergar en su interior un amplio surco hacia el futuro», p. 594); o cuando plantea el problema de la adscripción del novelista valenciano a la generación del 98 (pp. 484-520), donde, tras defender su pertenencia a ella, usando el aval de Blanco Aguinaga, se conforma con lanzar cómodos ataques contra los archiconocidos estudios de Díaz Plaja, Laín Entralgo y Eugenio D'Ors, en lugar de calar en la interesante cuestión. No basta con que se nos recuerde que Blasco Ibáñez formaba parte cronológicamente del grupo generacional o que éste no fuera ajeno a la crisis social y política del Desastre, actitud generalizada entre todos los intelectuales de fin de siglo, sino que hay que ponderar su papel en este contexto con una sólida documentación, en lugar de escamotearla hablándonos sobre Maeztu, con quien se le compara en el manual (pp. 511-4). Lo mismo cabe decir cuando Alborg proyecta *La alegría del capitán Ribot* (PV) sobre el telón de fondo del regeneracionismo, estableciendo un parangón entre el personaje de Emilio Martí y Joaquín Costa (pp. 311-4), cuya impronta, la de este último, reduce a un mero apunte superficial, al igual que cuando tiene que referirse por fuerza al modernismo, al hablar de *Sónica la cortesana* (BI), por cuya poética pasa de refilón. También en determinadas comparaciones novelísticas, de las que de vez en cuando hace gala en tanto ocurrencias de su propia cosecha, que si bien pueden venir a cuento en alguna ocasión, como la equiparación de *La Catedral* de Blasco con *La voluntad* de Azorín, en otras resultan aproximaciones intertex-

tuales aleatorias: la del *El intruso* (BI) con *La familia de León Roch* de Galdós; la de *Entre naranjos* (BI) con *La Pródiga* de Alarcón, o la de *La fe* (PV) con la obra unamuniana. No sabemos, en definitiva, si esa descontextualización, tanto en el caso de Palacio Valdés como en el de Blasco Ibáñez, es resultante de un desconocimiento del entorno cultural por parte del historiador literario o fruto de una hermenéutica que se reclama «interna», la de una apasionada lectura.

Quien busque, en definitiva, en el manual/monografía presente una información completa acerca de la obra de los dos novelistas regionales, desglosada en el proceso de gestación de cada título y de su recepción; en la incardinación de los temas dentro una trayectoria literaria y su contexto histórico; en el sentido que les confiere la construcción narrativa; en los valores del discurso, y en los varios aspectos que reclama una crítica moderna, no verá recompensadas sus expectativas. Tan sólo obtendrán gratificación el estudiante y el opositor que deseen sentirse liberados de la obligación de acudir directamente a una bibliografía, ya que aquí se nos vierte un profuso abanico de citas, o de la lectura de los textos de los dos novelistas estudiados, pues el manual se prodiga en los argumentos de cada una de las obras. Y también se congratularán de las ocurrencias del autor, presto en todo momento a polemizar con todos los críticos: desde los «entomólogos» y «oficinistas», hasta los que le abastecen de conocimientos, a base de comentarios desenfadados, como los del siguiente muestrario: «Para justificar mi rechazo a esta opinión [la de Gómez Ferrer sobre *El cuarto poder* de PV] que parece equiparar la novela a una partida de poker, jugada con dos barajas de distinto color entremezcladas...» (p. 141); «No cabe duda que todos esos críticos, zahoríes de ocultas intenciones, lo que quieren es que a don Armando le coja el toro (...) Peseux-Richard, que no desea que el toro coja a don Armando, tiene su solución particular, que es en donde está el envite de todo este juego, pero en el cual desliza el crítico un naipe con fina habilidad de prestidigitador...» (p. 355); «podríamos decir que Blasco se había propuesto hacer un bocadillo de jamón; cortó finas lonchas de éste y unas impecables rebanadas de pan, pero no supo luego colocar el jamón en el lugar previsto y hacer el bocadillo» (p. 779). El entretenimiento queda asegurado y habremos de aplaudir al autor del libro, si no por los frutos de su investigación, al menos por sus alardes de ingenio.

BLANK PAGE